

IMPERIALISMO

Notas

Iñaki Aginaga

CONSTANTES Y VARIABLES

El orden y el desorden imperial o hegemónico del siglo XXI no son los del equilibrio bipolar y el terror nuclear del XX. Aun en áreas reducidas, el marco “institucional” no es el mismo ahora que bajo el Estado “liberal”. El mundo actual del no es el de 1834 y las guerras carlistas, ni el de 1936 y la crisis bélica ascendente, ni siquiera el de 1975 y la crisis institucional del primero al segundo franquismo. Los atentados del siglo XXI no tienen la misma significación y el mismo tratamiento que los atentados del XIX. El totalitarismo, integrado e integral de los sucesores y continuadores hipócritas del general Franco no es el mismo arqueo-totalitarismo castrense residual y mal considerado del fundador, cómplice y criatura del Eje. Ignorarlo es la normalidad de los pueblos débiles, incapaces de llegar a tiempo a las encrucijadas históricas decisivas.

Pero las ilusiones de los pueblos subyugados sobre la paz, la libertad y la democracia persisten y resisten a toda experiencia. Ni las terribles guerras calientes o frías del catastrófico siglo XX han acabado completamente con ellas. Cuanto mayor es el desastre más motivos tienen las masas oprimidas para refugiarse en sus paraísos ficticios y más facilidades tienen los poderes reales para colocar los narcóticos y alucinógenos ideológicos que las mantienen en su triste condición de rebaño pasivo, sin conciencia, ni voluntad ni capacidad que no le vengan impuestas por la estructura de dominación.

En 1914-8 se hizo creer que la victoria del imperialismo occidental sobre las hordas germánicas dejaría el campo libre para la paz, la libertad y la democracia. En 1945 creyeron lo mismo, una vez derrotadas las potencias del Eje, los malos nacionalsocialistas y sus aliados, con la problemática e inquietante ayuda de los malos bolcheviques convertidos en casi buenos antifascistas, pero reconvertidos inmediatamente en malísimos comunistas, mientras los antiguos malos del Eje se convertían en buenos demócratas occidentales. El fascismo español, bastión de la democracia y hierro de lanza de la Cruzada contra la barbarie moscovita, ni siquiera tuvo que convertirse en nada. Con el derrumbe de la URSS desaparecieron al fin todos los obstáculos a la reconciliación pacífica de la humanidad, en libertad, democracia y progreso. Pero he aquí que el nuevo imperio universal y la hegemonía de sus satélites “revelan” contradicciones y suscitan oposiciones que cristalizan en “el eje del Mal y el terrorismo internacional”, tanto más peligrosos por cuanto más abstractos e indeterminados. Ya no hay malos fascistas o comunistas o anarquistas, ni terrorismos de Estado o individuales, sólo hay malos y terroristas a secas, lo que permite calificar o descalificar todo lo que se quiera.

La consiguiente “guerra de un nuevo tipo” será larga y dura. Por ahora, conlleva el desmantelamiento totalitario de todas las libertades, la abolición de los derechos humanos, el refuerzo del imperialismo y el fascismo. <Pero tendrá seguramente como resultado el triunfo definitivo del Bien sobre el Mal, la paz, la libertad y la democracia.>

La inflación-deflación funcional del término y el concepto de “terrorismo” sirven al fascismo y el imperialismo para el desarrollo sin trabas de la represión y el Terror oficiales. Los criterios y principios extensivos de analogía, finalidad, asociación, objetividad, arbitrariedad, amalgama, para la represión y la prevención del delito y demás actividades “antisociales”, son propios de todos los sistemas totalitarios, sirven al Terror y la indefensión legal, administrativa, judicial y procesal de toda oposición, pero el ámbito mundial y los medios

ideológicos y políticos del actual sistema totalitario les dan un alcance sin precedentes. De cuestión especial accesoria del régimen penal, el “terrorismo” ha pasado a ser en un tiempo record, por designación y definición constitutivas e imperativas, el sustituto genérico universal de todos los delitos tradicionales. Su inigualable rendimiento lo hace ventajosa y preferentemente aplicable a toda oposición, práctica o teórica, a los poderes establecidos, que pueden ahora perseguir legalmente como “terrorismo” acción, omisión, abstención u opinión, por iniciativa, denuncia, delación, información, venganza o simple sospecha de sus órganos, esbirros y secuaces, o de particulares cuyos intereses se benefician de la represión.

El recurso unilateral a la violencia como solución de todos los problemas sigue siendo la pauta de comportamiento de todas las grandes potencias. Con el nuevo orden universal hegemónico o imperial, la violencia y el terrorismo están más presentes que nunca como funciones constitutivas en la práctica de los Estados. El terrorismo nuclear es el fundamento de la convivencia y del derecho internacionales contemporáneos. El fin del duopolio atómico de las dos superpotencias no ha causado el fin de los conflictos, sino la intensificación y la extensión de la presión, la opresión y la represión imperialista sobre los pueblos y los Estados. De la guerra fría o caliente y la paz de equilibrio se ha pasado a una tentativa de paz hegemónica que se parece más a la “anarquía” o a la ley de la selva que a la paz del imperio. El reparto del mundo entre los grandes rivales planetarios se ha estabilizado relativamente, provisionalmente y precariamente, con el consentimiento y el reconocimiento mutuo de las respectivas zonas de caza, explotación y dominación. Ha resultado en un Eje imperial y hegemónico mundial al que se encuentran ordenados, asociados, subordinados o infeudados los Estados “independientes” pequeños y medios. El status quo imperialista ha sustituido al derecho de autodeterminación como postulada condición y fundamento precario de la paz mundial.

El fascismo y el imperialismo dominan los órganos legislativos, ejecutivos, administrativos, judiciales y consultivos de las UN, que ignoran, falsifican e infringen su propia proclamada legalidad formal, sirven sin reserva a la guerra, la dominación, el genocidio, la represión, el terrorismo y la propaganda de los Estados dominantes, que les dictan la conducta a seguir y la ideología a difundir, y ponen sus recursos y sus funcionarios al servicio de la intoxicación y la mentira oficialmente proclamada como arma de propaganda en los conflictos internacionales. Los Estados miembros no se recatan ya en negar oficial y expresamente los derechos fundamentales que aceptaron en los tratados de adhesión. La organización regional de la EU y sus Estados miembros van más lejos todavía en la negación expresa del derecho de autodeterminación. El derecho inherente y consuetudinario de autodeterminación de los pueblos ha sido secreta, discreta o abiertamente eliminado y sustituido por el derecho clásico de conservación del status quo como forma “pacífica” de imperialismo, con todas las excepciones que las potencias dominantes tengan a bien imponer o disputar según sus intereses respectivos. Conocidos son, o deberían ser, los supuestos, pretextos y consecuencias reales de la *tendencia* del derecho internacional de las potencias a la conservación del status quo y las bombas de tiempo y efecto retardado y amplificado con que va cargado.

En el mundo en que vivimos no hay trucos, atajos ni rodeos que permitan hacer la economía de una línea política acorde con la realidad de las fuerzas en presencia. Su conservación o

modificación, en beneficio propio y en perjuicio del adversario, son el objeto de la actividad política. La estrategia implica una estructura constituyente de fines y medios. Todo grupo social se realiza como agente en esta dimensión o sufre un proceso ineludible de liquidación generalizada. Las opciones tácticas, que sólo en el planteamiento estratégico existen, desaparecen con la ruina de éste. Sin estrategia no hay táctica. El pueblo que carece de estrategia propia hace necesariamente la de los demás. Quien renuncia al imperativo estratégico como base de comportamiento, adopta la estrategia y hace la política del fascismo y del imperialismo.

Bajo el monopolio de violencia resultante de la guerra y la ocupación, un pueblo que no es capaz de afrontar moral y materialmente la realidad del imperialismo ha elegido ya la sumisión, fase primera de su liquidación. Un pueblo carente de vitalidad, que no puede o no quiere resistir a la agresión y dominación alienígenas, está condenado a ser liquidado de inmediato o tras un período más o menos prolongado de opresión y humillación. Su misma existencia es existencia maldita, que la propaganda fascista empieza por negar en idea como tal existencia para mejor destruirla en la práctica.

La resistencia, de hecho o de palabra, afronta la violencia y el Terror monopolistas del Estado, que mata, encarcela, tortura, roba, excluye, persigue y amordaza a quienes se atreven a resistir a sus dictados.

El fascismo y el imperialismo se construyen para no dejar caminos a más oposición y más resistencia que las que ellos mismos fabrican.

Los monopolios de la violencia y el Terror de masas imponen la ley de acero o de mármol que fija los límites estratégicos infranqueables de eventuales reformas, adaptaciones y concesiones, excluyendo toda “devolución” o redistribución del poder político que la guerra, la represión y el terror consiguieron monopolizar. Sólo la modificación estratégica de la relación de fuerzas constituye la realidad del progreso político. <El hazar, los accidentes y las causas generales.>

Del despotismo asiático al feudalismo, del absolutismo al “liberalismo” profascista, de las dictaduras castrenses al totalitarismo contemporáneo, la historia comparada muestra la diversidad evolutiva de los imperialismos, pero confirma que el imperialismo en general no retrocede nunca de forma voluntaria, espontánea, racional o razonable, su remisión o limitación sólo se da cuando encuentra resistencias que no puede superar. Mientras el imperialismo y el colonialismo aparecen como beneficiarios y triunfadores, encuentran el apoyo de toda la nación dominante. Solidaridad, resolución y unión sagrada del nacionalismo imperialista solamente ceden o se debilitan ante el coste creciente o exorbitante del conflicto con la resistencia.

Sin base estratégica, la pretendida oposición se agota, degrada y desintegra, del oportunismo a la inhibición, la sumisión, la colaboración, la complicidad y la traición, en un proceso acelerado e irreversible de liquidación política. El resultado, letal para toda oposición democrática, es una sociedad ideológica y psicológicamente enferma y maltrecha. Los

pueblos se atacan y se arruinan desde fuera, pero se derrumban y se hunden desde dentro. La colaboración y la complicidad indígenas los debilitan, los humillan y los ponen de rodillas.

El despotismo y el imperialismo primitivos imponían su poder político reprimiendo la oposición. El fascismo y el imperialismo actuales la fabrican, inventan, reinventan, recuperan, incorporan, provocan, corrompen, financian, fabrican y dirigen según conviene a su propia dominación. Los partidos de la “oposición” oficial al poder establecido son productos, imitaciones, falsificaciones, marionetas de los servicios secretos de intoxicación y espionaje del imperialismo, que informan, fomentan, organizan, financian y alimentan la represión contra los pueblos.

Los modernos Estados dominantes proponen a veces caminos a una vana esperanza que basta frecuentemente para contener y dividir al adversario actual o virtual. Un pueblo sin política creíble es siempre presa de los espejismos y las soluciones de facilidad que la propaganda fascista e imperialista suscita. Pero la realidad que corresponde a tales ilusiones y comodidades no existe. El oportunismo es la subordinación y el abandono de posiciones políticas e ideológicas fundamentales y estratégicas con el fin o el pretexto de obtener beneficios ilusorios, superficiales, secundarios o “tácticos”. Ninguna ventaja parcial, temporal o formal justifica el abandono de los medios y posiciones políticos e ideológicos de que un pueblo dispone. Sin función ni órgano ni principios estratégicos no hay política ni táctica, sólo hay charlatanismo ideológico y descomposición política. Incapaces de afrontar la realidad, los títeres indígenas del imperialismo contribuyen a la difusión de tales ilusiones por todos los medios que los monopolios de propaganda ponen a su disposición, sabedores de que los pueblos que no se enteran del mundo en que viven son presa indefensa de sus predadores.

Países subyugados por el imperialismo, sin capitulación, compromiso o reserva de poder, al término de guerras de conquista y exterminio, ideológica y políticamente subdesarrollados, propenden al oportunismo y la liquidación política por dos vías formalmente distintas, pero básicamente unidas e interactivas, que una parte de su población prefiere siempre a una estrategia real, pero difícil y problemática. La primera busca la solución en el terreno de la confrontación inmediata y directa con la violencia monopolista que es la base política del poder dominante, y lo hace, o pretende hacerlo, por los mismos medios de éste. Lo que, cuando la guerra es imposible, produce una sucesión de atentados, forma infrapolítica de violencia. La segunda forma de reacción invierte los procedimientos. A la violencia pretende sustituir “la inteligencia, la habilidad, la paciencia, la astucia, la perfidia, a la vía directa la indirecta, los rodeos y los atajos, la vía política, institucional, pacífica, realista, posibilista, minimalista, gradualista, reformista, paso a paso, segura, cómoda, provechosa, sin adversarios y sin complicaciones” de la sumisión al poder establecido. Las dos vías propuestas están en realidad más próximas y el paso de una a otra es más fácil y frecuente de lo que se puede creer.

Persuasión y diálogo, alianzas, elecciones, concentraciones y huelgas de manifestación, huelgas de hambre reales o simbólicas, algaradas tontas, atentados, negociaciones y procesos de paz, consultas para opinar sobre consultas para decidir sobre no se sabe qué etc. no son simples tomaduras de pelo, son trampas y engaños que permiten al poder real ganar tiempo, obtener información, provocar, debilitar, dividir, desgastar, quemar, demoralizar,

culpabilizar, corromper, distraer, mantener a nivel infraestratégico toda oposición, agotar los recursos materiales y humanos de la resistencia actual o virtual mientras el bulldozer fascista, nacionalista e imperialista prosigue día a día su obra de demolición de los pueblos. Son también la prueba del subdesarrollo, primitivismo y debilidad de las naciones subyugadas, y de la obra funesta de sus pretendidos representantes, que tratan de encubrir así que no tienen la menor idea sobre cómo salir de la situación que tanto han contribuido a establecer y consolidar, ni la menor intención de buscarla.

Toda defensa de derechos fundamentales conculcados implica “legalidad e ilegalidad”, pues la legalidad “pura” y la ilegalidad “pura” bajo el imperialismo son imposibles en la lucha por la libertad. Para oponerse a algo hay que comer y, sin un grado obligado de sumisión al orden establecido no se puede ni comer ni vivir ni, por tanto resistir, pues el régimen y su legalidad están hechos para eso. Sin resistencia, la oposición y los derechos humanos desaparecen, pues legalidad, oposición y derechos humanos son términos contradictorios.

Sin su integración estratégica, legalidad e ilegalidad no se apoyan sino que se destruyen mutuamente. Pasarse de listos y jugar a todo para engañar a todos no es tan fácil como creen. Los que alardean de representantes, diputados, senadores y demás cargos a sueldo “democráticamente elegidos” no pueden jugar a la vez a la “guerra revolucionaria” o viceversa. Sólo en régimen de derechos humanos y democracia puede obtenerse representantes democráticamente elegidos. La oposición institucional armada o desarmada empieza por el oportunismo “táctico” e ideológico, y se resuelve en el encubrimiento y la apología del fascismo y el imperialismo.

La necesidad de dar credibilidad a “la vía institucional y la lucha armada“ conduce a sus promotores a la negación de la realidad, para hacer creer a los pueblos, y tal vez a sí mismos, que el imperialismo y el fascismo, como el diablo, no existen. Se inventan por ello el régimen político que les permita conservar a la vez sus privilegios y sus delirantes perspectivas de “cambio político”, en una extraña democracia que no se instauró ni se conservó ni se conduce democráticamente, pero sigue siendo democracia. <sida>

Rechazan “las deficiencias y los excesos” del régimen de ocupación, represión y Terror que presentan y reconocen como fundamentalmente válido y legítimo, “no-violento y democrático” *a la vez*, y, por tanto, susceptible de acceder a sus propuestas de “diálogo, negociación, consultas, procesos de paz y derecho a decidir”. Pero si el fascismo y el imperialismo fueran no-violentos o democráticos, si dialogaran, o si negociaran con quien no tiene entidad política para ello, si la paz y los derechos humanos fueran con ellos, no serían el imperialismo y el fascismo.

El inevitable “fracaso” (según de qué lado se mire) de la vía institucional y la guerra revolucionaria potencia y alimenta el burocratismo y el nepotismo, el clientelismo descubierto y la corrupción desnuda. Sus partidarios se decantan rápidamente en farsantes, embaucadores y aprovechados por un lado, por otro en crédulos e incautos que sufren las consecuencias.

El “descubrimiento” de la realidad, la actualidad y las dimensiones de la violencia imperialista pondría en evidencia la inanidad del institucionalismo y de los atentados como medios de oposición al orden político establecido y conservado por la guerra, la ocupación y el monopolio de la violencia y el terror. Colaboracionistas y cómplices armados y desarmados reprobaban por eso la violencia que se ejerce *en* los cuarteles, las cárceles y las comisarías, el poder “atribuido” al ejército por la Constitución, la “amenaza” de una intervención armada, pero ocultan la violencia *constitutiva* del régimen fascista e imperialista.

Un “estado de excepción” imaginario es el *invento* que les permite ocultar la realidad del estado *normal* del régimen. Pero el imperialismo y el fascismo asesinan, torturan, secuestran y roban, persiguen la libertad de pensamiento y expresión como han hecho siempre, en toda normalidad. No necesitan de excepciones para ser lo que son y actuar conforme a su naturaleza. Protestar y llevar a manifestar contra un estado de excepción que no existe ni formal ni realmente no es un acto de oposición al régimen de ocupación, es un acto de colaboración y complicidad con el imperialismo y el fascismo y de apología del terrorismo de Estado, un intento de acomodarse dentro de su normalidad.

Rechazan las medidas “contrarias a los derechos humanos”, los de ellos, como los de participar “libremente” en elecciones y realizar consultas “democráticas” bajo el régimen de ocupación, pero no consideran contrarios a los derechos humanos la agresión, la guerra, la conquista, la ocupación, la deportación, la colonización, el asesinato en masa, el terrorismo, el bombardeo de la población civil, el expolio, actividades que fundan el sistema imperialista de dominación. Prefieren pasar discretamente sobre todo ello porque, de otro modo, correrían el riesgo de incomodar al poder establecido, perdiendo los miserables privilegios que éste les otorga en premio a su leal colaboración o complicidad.

Pretenden volver así a un añorado pasado “democrático” que propiciaron, avalaron y usufructuaron, pero que nunca volverá. Mendigan la devolución de los miserables privilegios económicos, ideológicos o electorales que identifican con la democracia, los que el régimen de ocupación les otorgó en pago de su participación y concurso en la “transición” intratotalitaria, y que les retira cuando, consolidado gracias a ellos, ya no tiene necesidad de sus servicios para devorar y asimilar toda oposición democrática.

“Institucionalismo” y atentados son expresión y consecuencia de la ocupación y el conflicto político, pero también producto y coartada de la incapacidad política, la sumisión, la colaboración y la complicidad estratégicas.

Si no hay base política real, “la vía institucional y la lucha armada” son un absurdo de penosas consecuencias. Si tal base existe, el absurdo es mucho mayor y las consecuencias tanto más lamentables, graves y desastrosas. Ni la “vía institucional” ni los atentados, ni juntos ni separados, tienen entidad para llenar el vacío político frente al fascismo y el imperialismo. Pero su coste añadido es una catástrofe suplementaria que ciega las vías de la conciencia, la acción y la restauración políticas. Son excluyentes de toda alternativa política real al fascismo y el imperialismo.

Con las llamadas “instituciones”, es decir las instituciones que el imperialismo impone, ganan siempre los que construyen y controlan las instituciones, porque los partidos los gana quien impone el campo y los participantes y dicta las reglas del juego. Las instituciones tradicionales tenían por fin la represión o la destrucción de la oposición. Si las cosas no iban todo lo bien que se quería, se sublevaba el ejército, fundamento de la constitución real y primaria antes de serlo de la Constitución formal y secundaria, cambiando las reglas y los votantes, los manifestantes, los persuasores, los persuadidos y los pueblos. Pero los ejércitos se sublevaron hace ya mucho tiempo, y las instituciones resultantes, que son las suyas, no necesitan de nuevas sublevaciones.

Los adictos de la “vía institucional” son parte cada vez más evidente del sistema político e ideológico de violencia, dominación y corrupción. La “vía institucional” conduce rápidamente de la incapacidad y la sumisión a la colaboración, la complicidad y la traición. Las instituciones y servicios auxiliares y “autónomos”, la autonomía-trampa, proyectada e impuesta como medio de condicionamiento, fijación, contención, represión, desgaste, reducción, manipulación, recuperación y corrupción de las fuerzas populares, son parte activa de la administración colonial del Estado ocupante. Totalmente desprovistos de poder político nacional como internacional, estos órganos administrativos locales, llamados pomposamente “gobiernos” por los gobiernos reales que los han creado, hacen suyos, contra sus propios administrados, la violencia y el terrorismo del Estado al que pertenecen.

Con los atentados, pierden siempre los que con medios derrisorios y cada vez más obsoletos y extemporáneos pretenden enfrentarse a los monopolios de violencia y terrorismo de masas en su propio terreno, antesala de las cárceles, los cementerios y los cada vez más precarios exilios. Contra las versiones románticas que otra cosa pretenden, jamás los Estados han cedido el campo político ante los atentados internos o externos. Los atentados no son un problema estratégico, un peligro ni una amenaza para el imperialismo y el nuevo orden o desorden imperial y hegemónico mundial. Los grandes Estados, en sus guerras, “imperialistas por ambos lados,” para la distribución o la redistribución de sus zonas de dominación, han soportado *en un solo día y en una sola hora* pérdidas militares y sobre todo civiles incomparablemente mayores que todas juntas las infligidas por los atentados desde que el mundo es mundo, sin renunciar por eso a la agresión, la guerra y la conquista. Pero el derecho internacional no condena la guerra, sino los atentados, y las masas, condicionadas, intoxicadas, aterrorizadas, social y mentalmente alienadas, no temen a la guerra, sino a los atentados.

El terrorismo de Estado, de todo signo, ha sido siempre y siempre será incomparablemente más extensivo, activo y efectivo que los atentados, de otro modo no sería de Estado ni los atentados serían atentados. Los atentados son una consecuencia, un síntoma, un efecto, un revelador, un reductor, una válvula de seguridad, una tapadera del problema político del imperialismo y el fascismo, una provocación, un medio para intensificar y un pretexto para disimular y justificar la represión y el verdadero terrorismo político. El Terror de masas crea las condiciones sociales de opresión, subdesarrollo, frustración y desesperación que hacen posibles los atentados, que sólo existen como correlativos de los monopolios de violencia y terrorismo. Sin monopolios de violencia y terrorismo, no hay atentados. Si los Estados que lo

pretenden tuvieran realmente como objetivo prioritario acabar con los atentados, podrían lograrlo de manera inmediata por el abandono de la violencia y el Terror de Estado, acabando con ello con su propio Estado y con los atentados contra él. Pero los poderes hipócritas que dicen luchar contra la violencia, el terrorismo y los atentados vengan de donde vengan, no tienen por objetivo prioritario, ni mediato ni inmediato, el fin de la violencia, el terrorismo y los atentados, sino su consolidación al servicio de la opresión sobre los pueblos, con el genocidio como solución final de los conflictos.

Los criterios y principios de analogía, finalidad, asociación, objetividad, arbitrariedad, son propios de todos los sistemas totalitarios, sirven al Terror y a la indefensión legal, administrativa y procesal de toda oposición real, pero el ámbito mundial y los medios ideológicos y políticos del totalitarismo actual les dan un alcance sin precedentes. El “terrorismo” se ha convertido, por designación y definición constitutivas e imperativas, en el sustituto genérico universal de todos los delitos tradicionales, ventajosamente aplicable a toda oposición, práctica o teórica, a los poderes establecidos. Se puede ahora perseguir como “terrorismo” todo lo que el poder establecido quiere, ya sea por acción, omisión o simple opinión.

Un orden político, un Estado criminal de ocupación establecido y conservado mediante la guerra, la conquista, la ocupación, la colonización, el pillaje y el Terror, que durante años o durante siglos ha ejercido y sigue ejerciendo el poder político, económico e ideológico, en plena posesión de los monopolios de violencia, represión y propaganda, que practica el terrorismo mediático como el de las bombas incendiarias contra poblaciones civiles sin defensa, que somete a deculturación, aculturación, reeducación, censura, lavado de cerebro, intoxicación y adoctrinamiento obligatorio a generaciones enteras desde la primera infancia, dueño y señor de fronteras políticas y administrativas, de las relaciones y comunicaciones internacionales, de los movimientos demográficos, de las fuerzas productivas y los flujos económicos, no es accesible a la persuasión y el diálogo, no organiza, consiente o padece operaciones “institucionales” susceptibles de derrocarlo y sustituirlo, no se convierte en democrático porque monte “elecciones” para que los que él quiere voten donde, cuando, como y lo que él quiere, ni porque autorice a la “oposición” a decir lo que él quiere que se diga, no capitula ante los atentados, por mucho que se les llame lucha armada o guerra revolucionaria con la esperanza de cambiar las cosas cambiándoles el nombre.

Frente al imperialismo y el fascismo, la vía institucional y los atentados no tienen la menor posibilidad de éxito. La vía institucional, que pretende amansar al ocupante mediante la sumisión, la colaboración y la complicidad en sus crímenes, sólo consigue aumentar el desprecio que los aborígenes serviles y corrompidos inspiran al conquistador. Los atentados, cuya propia incapacidad los hace políticamente inofensivos, sólo exasperan la natural ferocidad del predador.

La complementariedad funcional de “moderados y radicales” hace de ellos “rivales” ideales, cada grupo presentándose como remedio a la inepticia del otro. Ambos se producen y reproducen mutuamente, se nutren de la noria genética de movimiento continuo que produce partidarios de “la lucha armada y la guerra revolucionaria” con los desengañados desechos, frustrados, rebotados y renegados de la vía institucional, y reproduce partidarios de la vía

institucional con los desengañados desechos, frustrados, rebotados y renegados de “la lucha armada y la guerra revolucionaria”. La frustración institucional impulsa los atentados. El fracaso de los atentados devuelve a la vía institucional. Recurrencia asimétrica y mal equilibrada, de evolución inevitable y fatal desenlace. Un servicio institucional permanente y funcional de autobuses con parada y fonda facilita y hace más discreto y menos doloroso el tránsito entre las estaciones. Cretinismo “institucional” e infantilismo “armado” no integran dos términos de una alternativa política, son, por carencia constitutiva, *la misma cosa*.

Para mayor seguridad, la propaganda monopolista, transmitida por colaboracionistas y cómplices armados y desarmados, hace creer a las víctimas del imperialismo que una alternativa estratégica es, no sólo sociológica sino lógicamente, una imposibilidad absoluta, un absurdo formal, algo así como el cuarto ángulo de un triángulo. La única estrategia posible contra el imperialismo queda así expresamente excluida por colaboracionistas y cómplices moderados y radicales, que declaran inexistente, insoluble y absurdo todo lo que no entienden, ni quieren entender, ni tienen interés en entender. Económica, política e ideológicamente dependientes del régimen en que se encuentran cómoda o incómodamente alojados, coinciden activamente con él en la tarea prioritaria de evitar todo desarrollo de una conciencia y una oposición de nivel estratégico, que pondría en peligro el sistema de que forman parte.

Son, por eso, enemigos irreconciliables de la libertad de las ideas, incluidas aquéllas que ellos mismos proclamarían y explotarían si se les ocurrieran a ellos. Cosa imposible, porque el alcorcho, especie común en las colonias, no dará nunca peras. Necesitan seguir engañando a sus incautos seguidores como han hecho siempre, si es posible engañándose a sí mismos, que es la mejor forma de engañar a los demás. Se lamentan de la represión contra la libertad de expresión e información, la de ellos, pero han cooperado activamente siempre en la tarea de negarla a los demás, por todos los medios a su alcance en las condiciones de los monopolios de violencia y propaganda, incluidas la mentira, la calumnia, la difamación, la delación. Es la única forma que tienen para disimular su interesada incompetencia en cuestiones ideológicas y políticas. La libertad de expresión, información y crítica, de que son consecuentes adversarios, pondría en evidencia y haría imposible su empresa complementaria de charlatanismo y embaucamiento sobre los pueblos. Con su decisivo concurso, los monopolios totalitarios reprimen la producción, la reproducción, la libertad de expresión, de comunicación e información, la formulación de las contradicciones sociales, cierran el paso a toda fuerza crítica y creativa. El obscurantismo teórico, la fosilización del pensamiento, conllevan fatalmente la incapacidad, la reacción, el subdesarrollo y el inmovilismo políticos, inseparables de la colaboración y la complicidad con el imperialismo para reducir toda resistencia ideológica y política a nivel infraestratégico.

Las consecuencias las sufren los pueblos, que pagan el precio del subdesarrollo cultural y político. En la resistencia al fascismo y el imperialismo, un pueblo que no se asegura un espacio interno de construcción y participación teórica e ideológica, de crítica, reflexión y comunicación, por mínimo o clandestino que sea, está perdido.